CAPÍTULO LVII. *Del reino de Tetzcuco que se dice haber sido, en el tiempo de su gentilidad, igual a este de Mexico*

PORQUE QUEREMOS DAR FIN A LA MONARQUÍA y reinado de Nezahualcoyotl, quiero quitar el rebozo a una ignorancia y ceguera grande que corre entre nuestros españoles, diciendo que el reino mexicano era superior a los otros reinos de esta Nueva España, haciendo inferior a él este de Tetzcuco como lo dicen Acosta y Herrera, lo cual es falso, y la pura verdad es que eran iguales cuando llegaron a esta tierra los españoles; para cuya inteligencia se ha de advertir que luego que los mexicanos y tetzcucanos vencieron a Maxtla, emperador tirano, hijo de Tezozomoc, que se había alzado con el imperio (como dejamos dicho en esta larga historia), partieron la tierra entre sí y capitularon que en las batallas, que entre los tres reyes concurriesen, partiesen los tributos con que se mostraban vasallos; pero que las que cada rey hiciese de por sí, fuesen de aquel solo rey aquellas gentes. Esto así ordenado fuéronse ayudando los unos a los otros en aquellos primeros tiempos que comenzaron a fundar sus reinos (como vamos diciendo), porque cada uno por sí era poderoso; pero después que crecieron sus señoríos, salía cada cual por su parte (conforme se le ofrecía) a hacer guerra o ya a provincias que se les rebelaban o ya otras gentes que sujetaban de nuevo; y cuando partieron la tierra y conquista de ella estos tres reyes, le cupo de parte al de Mexico toda aquella que mira desde su ciudad al oriente y vuelta de mediodía hasta casi al poniente. Y al de Tlacupa desde el poniente hasta casi el norte. Y al de Tetzcuco desde poco antes del parejo del norte hasta el oriente donde sale el sol, que partía términos con el mexicano; y por esto si concurrían los tres reyes a alguna de estas partes, aunque es verdad que todos tres conquistaban y vencían, no todos los tres se llamaban señores y reyes de aquella conquista, sino sólo aquel que por suerte le había cabido aquella parte donde se conquistaba. Y estos tributos repartían, pero no aquellos que ellos solos ganaban; que éstos reconocían por proprios y no sujetos a repartición.

Que estos reyes hayan sido iguales y no con reconocimiento de mayor ni menor (en especial el de Tetzcuco y Mexico) se prueba, porque cuando el rey de Mexico, Itzcohuatl, venció con ayuda del tetzcucano a los tepanecas y se hicieron entrambos señores de la tierra, pareciéndole a Itzcohuatl que había hecho mal en no apoderarse de todo y haber dado parte en el gobierno a su sobrino Nezahualcoyotl, quiso intentar quedar solo (si pudiese), pues ya en otro tiempo los de Tetzcuco habían estado sujetos a los mexicanos (como dejamos dicho); pero sabiendo estos intentos Nezahualcoyotl, juntó un poderoso ejército (que ya le era muy fácil esto por haber reducido muchas provincias a su obediencia, como las había tenido Techotlala su abuelo) y vino a Mexico contra Itzcohuatl y hizo hacer una rodela en la cual venía dibujado el sexo femenil de una mujer y una celada con unas

orejas de perro y representando la batalla a Itzcohuatl, no quiso salir a la guerra contra él y enviando a desafiar a los mexicanos, dijo que no quería acometerles sin prevención, porque los tenía en posesión de aquellas cosas que en su rodela y celada traía retratadas. No hicieron caso de estas palabras los mexicanos, porque no les convenía tenerlos entonces por enemigos, y disimulando su afrenta se dieron por desentendidos (que es muy de cuerdos cuando más no pueden, hacer del ladrón fiel y disimular con discreción, lo que no pueden castigar con cordura). Salieron muchos señores de los mexicanos a hacer las paces y con palabras humildes aplacaron al rey y los confederaron a entrambos y quedaron desde entonces muy confirmadas las paces y se hicieron en esta ciudad muy grandes fiestas por esta nueva liga que se hizo. Esta igualdad de señoríos confiesa el padre fray Toribio Motolinia por estas palabras: el señorío de Tetzcuco era igual al de Mexico y llegaba hasta la Mar de el Norte, donde tenía muchos pueblos y provincias que le tributaban y eran sujetas a Tetzcuco cuando los españoles entraron en esta tierra; y es así, que yo tengo en mi poder pinturas antiguas de aquel reino y en ellas señaladas quince provincias muy grandes, que cada una es un muy extendido reino y en cada provincia de éstas muchas ciudades, villas y aldeas; y si cuando entraron los españoles en la tierra hallaron que Motecuhzuma era gran señor, no al menos que lo era de toda la Nueva España, sino que como entraron por tierras conquistadas de Motecuhzuma, y ellos no reconocían otro señor, dijeron que todos eran sus vasallos; siendo la verdad que Tetzcuco tenía su señorío como Mexico, y que no había desigualdad en entrambos; esto digo porque no disuene cuando se oiga algo acerca de esto.

CAPÍTULO LVIII. *Que prosigue el reinado de Axayacatl de Mexico, y de la guerra que tuvo con los tlatelulcas, donde fue muerto su rey Moquihuix, y sujetó su reino al mexicano*

EN EL PRIMER AÑO DE LA ELECCIÓN del rey Axayacatl, sexto rey de Mexico, dice que temblaron tres cerros altos en la provincia de Xuchitepec (que es en la costa de Anahuac), pronosticando aquel inusitado temblor y movimiento a los naturales de aquella tierra la sujeción en que Axayacatl los había de poner. Comenzó luego (siguiendo los hechos de su antecesor) a colar tierra por tener ya sujetas las comarcanas, y metiéndose por Anahuac venció a los cuetlachtecas y pasó a los xuchitepecas y también los venció y captivó (como tres años antes sus bailadores cerros se lo habían pronosticado), que fue el año primero de la elección de este rey (como ya hemos dicho). Vino con aquella victoria, y haciendo una grande fiesta a su celebrado dios Huitzilopuchtli, le ofreció muchos esclavos en sacrificio, en el momoztli o templo de Tlatelulco.

Tenía este rey casada una hermana con el señor de aquella parte (como dejamos dicho) el cual, como fuese soberbio y algo suelto en la vida y des-